



Shurite de Okinawa, Karate okinawense VS. Karate japonés y el enigma de Anko Itosu ¿Prócer o traidor?

Evolucionismo marcial

En los últimos tiempos la imagen pública del Karate tradicional ha revivido con un perfil muy distinto del que había adquirido hace décadas. Mucho tiempo ha pasado desde la lejana ingenuidad popular para la cual el "cinturón negro de Karate" representaba la perfecta síntesis del "arma viviente" con el "místico oriental". Desde entonces la prensa especializada penduló desde la idolatría hacia la crítica ingrata e ignorante de comienzos de los '90, en que las revistas internacionales de Artes Marciales, con su inmaduro enamoramiento de las novedades, afirmaban entre líneas que el viejo Karate era en realidad una disciplina marcialmente superada, cuya concepción técnica se había quedado en el pasado, y que debía ser sustituida por prácticas de mayor realismo (Full contact, ninjas, Kali o lo que fuera). Como practicante de TaeKwon-Do ITF tradicional (aquel estilo fuerte, rápido y "de verdad" con innegables raíces en el arte okinawense), siempre sentí la necesidad de poner en crisis la validez de lo que yo practicaba, comparando y estudiando. Mi gusto por el buen Karate me ha llevado a leer con

avidez decenas de libros y centenares de artículos sobre dicha disciplina, a entrevistar a profesores, y ocasionalmente me he dado el gusto de tomar alguna clase de ese Arte Marcial. Mis conclusiones no coincidían con el velado desprestigio que en esa época los medios proyectaban sobre el Karate: alguno de los dos estaba viendo otro canal.

Pero miremos las cosas con un poco de perspectiva: las revistas —y aquí recuerdo la *Black Belt*, lectura de mi adolescencia a mediados de los '80— nos fueron imponiendo una sucesión de modas, en donde cada estilo pretendía superar a los previos: primero llegó el Judo, luego el Karate con sus golpes temibles, después nos presentaron al TaeKwon-Do y su impresionante destreza física, luego el misterioso Kung Fu, cuna marcial, de la mano de David Carradine, Bruce Lee y los monjes Shaolin; después vino el Full Contact cargado de realismo y testosterona; siguió el Ninjutsu que con Hatsumi, Stephen Hayes y Sho Kosugi en la pantalla pretendía mostrar la contracara de los samurai

pre-Meiji. Seagal y su Aikido llegaron después, mostrando que lo cortés no quita lo valiente; Inosanto con las artes filipinas y el Jeet Kune Do nos maravillaban por su coordinación, eficiencia y practicidad, mientras que otros clamaban esos méritos para el Wing Chun. Después llegó el Brazilian JiuJitsu, y de allí derivaron los sistemas actuales de lucha sin reglas (a los que se ha terminado por imponer ciertas reglas mínimas). ¿El fin de la historia marcial, diría Fukuyama? ¿Puede decirse que cada una de las mencionadas es mejor que las anteriores? Eso es lo que nos vendieron. Yo no lo creo. Mueve a sospecha que cada vez que se presenta en público un sistema marcial, dicha disciplina parezca ser más sofisticada e inteligente que las precedentes. El último enano no es necesariamente más alto que los demás sobre cuyos hombros está parado. Los impulsores de los sistemas que salían a la luz conocían los rudimentos de las artes que ya habían sido presentadas en sociedad, y se ocupaban de adoptar los conceptos útiles, descartar los erróneos y aprovechar los adelantos en el

conocimiento biomecánico.

Debemos reconocer, sin embargo, que también contribuyó a ese desprestigio de los estilos que llegaron primero a occidente que sus cultores (aquellos “maestros” venerados) muchas veces no se actualizaban, y quedaban utilizando para la enseñanza métodos de entrenamiento perimidos. Muchos “viejos practicantes” fueron cada vez más viejos, y menos practicantes. Y la nueva generación se formó y aprendió los nuevos métodos tomados de la kinesiología y la educación física, sustituyendo los métodos orientales que los instructores argentinos –en general, alumnos de japoneses jóvenes– no llegaron a conocer con la profundidad debida. Ante preguntas genuinas de los alumnos y el silencio de los “maestros”, los “kinesiólogos marciales” empezaron a ensayar respuestas y a modificar el modo de práctica, sin que los tradicionalistas, en una gran proporción faltos de formación teórica, pudieran competir dando explicaciones adecuadas. Es en la clase, y no en el estadio, donde el deporte desplazó al arte marcial. Se fijó como meta la perfección de determinados gestos motores (elegidos en ese entonces), con lo cual no sólo se redujo el entrenamiento físico/técnico a una única dimensión, atentando contra su tradicional carácter plurivalente (aptitud de combate, forja de la personalidad, salud, estética, dimensión ética, etc.), sino que al establecerse un objetivo preciso en la práctica se trastocó el sentido del Arte Marcial como instrumento, transformándolo en un fin. Porque la nobleza del Arte Marcial está en que, al privarse de fijar metas propias (el dominio técnico será en todo caso testigo de la dedicación del practicante, pero no acredita haber llegado a nada), tiene la humildad de estar al servicio de la vida. Como el guerrero al servicio de su señor.

Un fenómeno llamado Dillman

En la última década del siglo XX al Karate le ocurrió algo muy interesante, probablemente lo más notable desde que el arte pasó de Okinawa a Japón a comienzos del siglo XX: algunos practicantes adquirieron conocimientos modernos a la vez que profundizaban en lo tradicional (1). Indagando sobre la historia de las formas (kata) y los estilos (“ryu”, mejor traducido como “tradiciones” o “corrientes”), se empezaron a desarrollar ideas distintas. Y, como enseñan los filósofos, las ideas tienen consecuencias prácticas.

Hace cerca de 20 años que un veterano karateka llamado George Dillman entró en escena revolucionando el Karate norteamericano. Se había iniciado en el Isshin ryu, destacándose como campeón de combate y formas a fines de los '60 y principios de los '70. Miembro de la otrora famosa United States Karate Association (“USKA”), acostumbraba aparecer en el programa *Créase o no de Ripley* rompiendo barras de hielo. Fue un promotor de torneos de renombre, y se codeaba con Muhammed Alí y Bruce Lee. Con su estilo de showman algo provocador, desde su Karate Dillman siempre siguió practicando y buceando en fuentes diversas. Desde hacía décadas que estaba acostumbrado a poner a prueba su calidad técnica, su aptitud de combate y la potencia de sus golpes, y un malentendido tradicionalismo no iba a truncar su búsqueda. Dillman recuerda que quedó particularmente intrigado por la aplicación de los puntos de acupuntura al Karate luego de un seminario de Hohan Soken en 1972 en los Estados Unidos. Algunos años después pudo comenzar a entender el enigma de los puntos de presión al conocer a “Taika” Seiyu Oyata, prestigioso maestro que dirige el Ryukyu Kenpo (línea

Motobu-ryu), quien lo deslumbró con sus conocimientos. La relación entre ellos tuvo sólo unos pocos años de duración, aunque Dillman siguió profundizando sobre las técnicas de puntos vitales que le enseñó Oyata, hasta que hacia mediados de los '80 sorprendió al mundo con sus seminarios donde noqueaba increíblemente a sus asistentes o voluntarios con tan sólo golpearlos con los dedos, nudillos o filo de la muñeca en los brazos, mandíbula o cuello. ¿Ilusión fantástica, fraude o realidad?



George Dillman

Dillman explica que las formas de Karate esconden estratégicas combinaciones de golpes a puntos de presión sobre los brazos, el cuerpo y la cabeza de un atacante que, aplicados en orden, ángulo e intensidad correctas, pueden ocasionar la pérdida del conocimiento o aún la muerte en segundos. Dillman ha ofrecido cientos de seminarios, y vendido libros y videos sobre Kyusho-jutsu en

(1) Una muy buena síntesis de la historia del Karate okinawense es la de Claudio Rubén Veiga “Etapas del arte de combate de Okinawa”, *San Ti* N° 2, noviembre 2006.

(2) George A. Dillman con Chris Thomas *Kyusho-Jitsu: The Dillman Method of Pressure Point Fighting*, George Dillman Karate International, 1992. En igual sentido Rick Clark, *Martial Arts for the University. A textbook for Basic Judo, Ju-jitsu, Karate, Tae Kwon Do, Modern Arnis and Vital Points*, Kendall/Hunt Publishing Company, Dubuque, 1992.

los EEUU como *Pressure Point Fighting* -combate con puntos de presión. Él sustenta sus enseñanzas en los mapas de meridianos de circulación de la energía de la medicina tradicional china, el momento del día en que deben ser atacados, el ángulo y tipo de impacto, y la herramienta empleada para golpear.

Según Dillman, los movimientos que se practican hoy día en los estilos de Karate más difundidos son erróneos, y lo atribuye a una objetable influencia de Anko Itosu, maestro de Funakoshi y figura central del Shorin ryu a fines del siglo XIX (2). Esas críticas se habían escuchado antes de parte de Hohan Soken, ese maestro de fama mundial que vivió desde 1920 a 1945 en la Argentina, dedicado a preservar intacto de influencias modernas el estilo de su abuelo, probablemente

el más grande karateka de todos los tiempos, Sokon "Bushī" Matsumura. Según esta teoría –que ha cobrado vuelo en años recientes–, Itosu decidió despojar al Karate de su carácter letal para transformarlo en una modalidad de ejercicio físico para el programa de enseñanza escolar en Okinawa. En otras palabras, Itosu le habría cortado las alas y los espolones a un ave de presa para transformarla en una de corral. Al adaptar el Karate para los niños, se le habría quitado su valor combatiivo. Según Patrick Mc. Carthy, "el énfasis cambió de la defensa personal al acondicionamiento físico a través de la práctica grupal de kata, pero descuidó su aplicación (bunkai). Al no enseñar los movimientos de defensa propia ocultos, los verdaderos propósitos de los kata (esto es, anular, lesionar o aún matar provocando traumas en áreas anatómicamente vulnerables, en caso de ser necesario) quedaron tan ocultos que se desarrolló una nueva corriente" (3). Esa corriente, cuestionada hoy día, ha tenido su exponente más representativo en el Shotokan.

Dillman y sus seguidores, que ejecutan sus formas con mínimo foco muscular (kime) en forma similar al Kenpo Americano y algunas modalidades chinas, sostienen que los movimientos en las formas no son clasificables como "bloqueos y golpes", sino como técnicas complejas (agarres, manipulaciones del cuerpo del rival) que en realidad deberían ejecutarse de manera muy distinta a como la mayoría de los estilos hoy las practica. Esto pone en duda la validez de las formas (kata) tal como son enseñadas por la mayor parte de los estilos modernos, especialmente por los descendientes de la línea Itosu. Me refiero concretamente a las técnicas de Shotokan, Shito, Wado, Shudokan, Shorin Kobayashi y casi todas las líneas Shorin

–excepto las provenientes de Chotoku Kyan y el Matsumura Seito, que no es considerado Shorin–, incluyendo lógicamente a los hyong/tul/pumse de Tang Su Do y TaeKwon-Do, también fuertemente contaminados del "modernismo itosuista".

Shotokan, Modelo de perfección en Karate

Antes de Dillman, los estilos japoneses clamaban ser biomecánicamente superiores a los okinawenses y haber sido armados lógicamente y sistemáticamente en lugar de tratarse de desparejas técnicas amontonadas sin coherencia, de lo cual se acusaba al "viejo Karate okinawense". Los estilos japoneses habían sido pioneros en la introducción del jiyu kumite (combate libre) en el Karate en forma institucionalizada (4), y en la práctica intensa de movimientos básicos (kihon) identificando determinadas técnicas como esenciales, cuya repetición otorgaba a largo plazo dominio del arte. A través del estilo Shotokan propiciado por la Japan Karate Association, en los '60 se logró establecer el canon bajo el cual se medía la corrección del Karate en todo el mundo. Un Karate rápido, potente y sin artificios. Aquel canon se impuso por la fuerza de la calidad que persuade por sí sola, y fue tomado como referente virtualmente por todos los Karatekas del mundo (con excepción de unos pocos maestros okinawenses, cuyos reparos eran más filosóficos que técnicos). Aunque de antaño ya habían existido excelentes practicantes, nunca antes una misma escuela había generado toda una camada de karatekas de tan alto nivel, como ocurrió con la generación de oro del Shotokan liderada por Nakayama, Nishiyama y Kanazawa y una treintena de importantes karatekas (5). Los especialis-



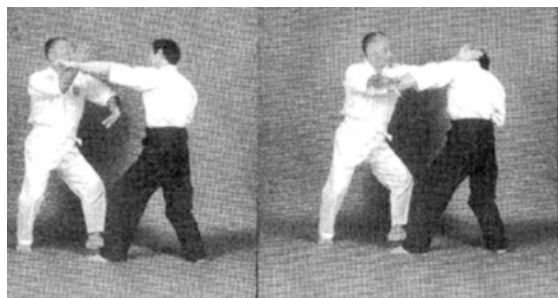
"Ryu Kyu Te" (Mano de Ryu Kyu)
Caligrafía de Seiyu Oyata

(3) Patrick McCarthy, *Bubishi. The Bible of Karate*, Charles E. Tuttle Company, Tokio, 1a edición, 1995, págs. 53-54.

(4) Hubo sin embargo casos aislados de pioneros okinawenses, entre los que se destaca Choki Motobu, que centraban su Karate en el combate de contacto.

tas coinciden en atribuir gran parte del mérito al hijo de Gichin Funakoshi, Yoshitaka (Gigo), un practicante dedicado como pocos que viendo cercana la muerte por una complicación de su mal curada tuberculosis infantil, decidió aprovechar sus últimos años de vida entrenando con una intensidad absoluta. Con el visto bueno de su padre, en los años '40 Yoshitaka introdujo numerosos cambios, alargando las posiciones (6), prestando más atención a las patadas, concentrándose en la potencia de los golpes de puño y dándole dinamismo a la práctica, cuyos resultados admirarían al mundo veinte años después.

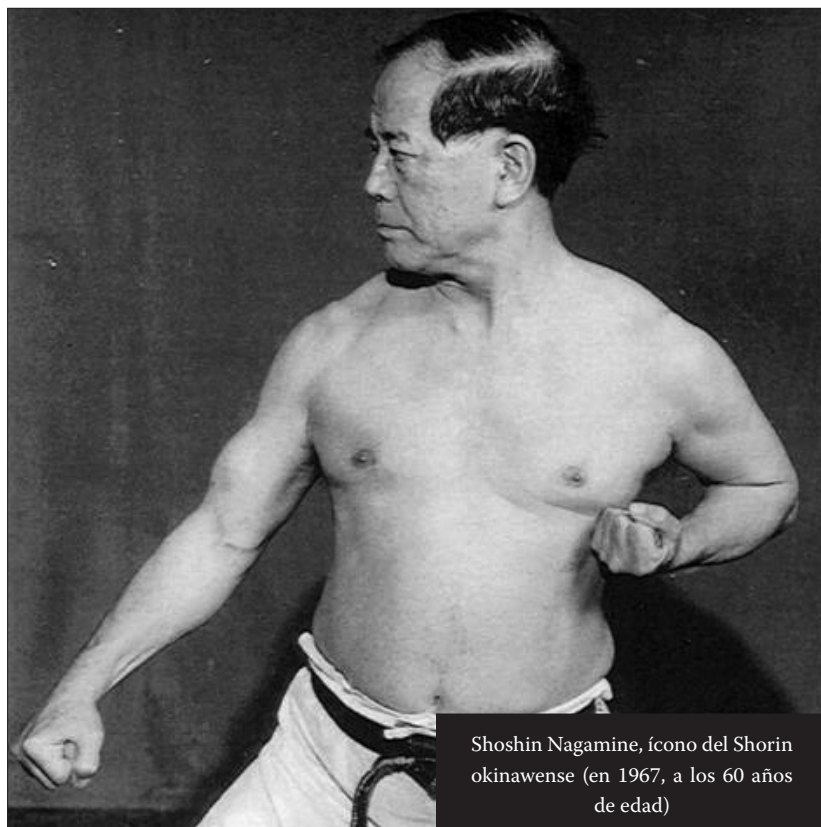
No obstante, los okinawenses en general preservaron sus estilos tradicionales (es justo reconocerlo, algunos de ellos haciendo “retoques” a su modo de practicar, sobre todo incorporando el kumite). Años más tarde Dillman y toda la corriente revisionista han reconocido que hicieron lo correcto de no seguir al estilo japonés. Muchos se sumaron a la crítica cuyos ecos aún hoy repiten sin comprender el tema en profundidad, diciendo que el Karate japonés era el producto pasajero de una generación de jóvenes nacionalistas que no habían recibido las enseñanzas arcanas de Okinawa. Este tipo de afirmación ha generado una



Secuencia de “tuite” de Taika Seiyu Oyata con Shiro Shintaku (8)

avalancha de alumnos que buscan descubrir la aplicación original de las formas primigenias del Karate (pre-Itosu) –lo cual es muy meritorio-, y una muy lucrativa industria. Dillman enseña las (supuestas) aplicaciones avanzadas de las formas, argumentando que la “ortodoxia técnica” moderna ha sido causada por un irresponsable “emprolijamiento” proveniente de alumnos de Itosu que ignoraban los secretos combatives detrás de las formas tradicionales.

Desde el punto de vista práctico, Dillman, con sus golpes de dedos y nudillos a los brazos y sus mapas de acupuntura, respondía a quienes no creían en su teoría: “Si no me creen, vengan a probar y miren lo que hago: ¡funciona!” (7). Muchos se convencieron después de perder el conocimiento recibiendo los toques de Dillman. Los más escépticos (que son legión) continúan sosteniendo que hasta que un alumno de Dillman no gane un campeonato de Vale Tudo dejando inconsciente a un luchador con golpes a puntos vitales, van a seguir considerando a Dillman un farsante. Sabemos que eso nunca va a ocurrir, pero las técnicas de “colapso neurológico” que propone Dill-

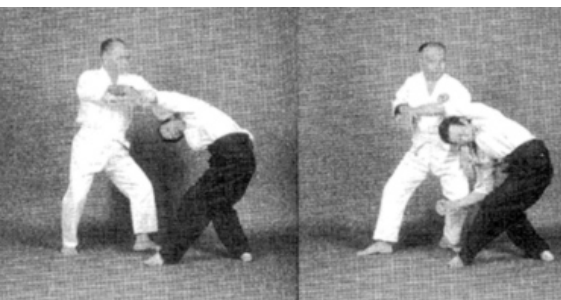


Shoshin Nagamine, ícono del Shorin okinawense (en 1967, a los 60 años de edad)

(5) No sólo la época de oro del Shotokan bajo el liderazgo de Nakayama en la JKA pertenece al pasado, sino que dicha organización, presidida por Motokuni Sugiura, decidió hace diez años un regreso a las técnicas del fundador Funakoshi, según da cuenta la nota *La seconde mort de Maître Nakayama* en *Arts Martiaux*, febr./mar. 1998.

(6) Posturas más largas aumentan el poder de golpe por mayor traslación de la masa corporal, aprovechando el principio enunciado por la segunda ley de Newton (“Fuerza es igual a masa por aceleración”). Un trabajo sobre los cambios en las posturas de Shotokan a lo largo del tiempo puede encontrarse en *The Evolution of Shotokan Stances* por Harry Cook, Traditional Karate, junio 1998.

(7) Recomendando al lector buscar videos en www.youtube.com bajo las voces Dillman, Taika Oyata, pressure point y ryukyu kenpo para encontrar algunos de estos knock-outs, los cuales han sido denostados en www.bullshido.com como farsas. Independientemente de su estilo excesivamente comercial que ha generado tantos adoradores como detractores, es justo reconocer que Dillman ha hecho un aporte a las Artes Marciales, aunque más no sea por crear la incógnita sobre el potencial de los puntos kyusho para el combate.



man no pretenden bastarse a sí mismas y merecen alguna atención (las técnicas de patada tampoco son suficientes por sí solas, pero no conozco a nadie que niegue la eficacia de una buena patada).

Hubo muchos tradicionalistas que quisieron compatibilizar la teoría Dillman (cuya versión más madurada habría que buscar quizás en el reservado “Taika” Seiyu Oyata (9)) con los parámetros de sus estilos, sosteniendo que las formas podían interpretarse con distintos niveles de profundidad, y que ello no invalidaba las interpretaciones más básicas. Sin embargo, esa línea compatibilizadora “políticamente correcta” (10) se acerca, a mi entender, al autoengaño: si la forma supuestamente avanzada de ejecutar la técnica es distinta a la difundida por los estilos modernos -esto es, si la posición de la mano es diferente, así como su ángulo de contacto, la trayectoria y en definitiva la intención-, entonces no es un mero problema de interpretación de formas. Habría que cambiar la mecánica de

ejecución de esas técnicas, revisar el concepto de kihon (base), etcétera. En otras palabras, quien abraza las enseñanzas de Dillman debería hacerse cargo y llevar adelante un cambio no menor en su forma de practicar.

Okinawa contraataca

Vemos entonces que de la mano de una ola de revisionismo histórico, el Karate japonés (principalmente el Shotokan) sufría un embate mediático que parecía definitivo de manos de su antecesor, el Karate okinawense. Un “neo-tradicionalista” criticaba gravemente la mayor parte de los estilos institucionalizados, supuestamente con fundamentos serios. Parecía que



Yoshitaka Funakoshi y su postura frontal larga

había que volver a las posiciones cortas y altas y las patadas con las puntas de los pies. O en todo caso pasarse al Full-Contact. El Shotokan japonés, admirado en los ‘70 y ‘80, súbitamente era acusado de no ser ni verdaderamente tradicional (como sí lo era el Okinawense), ni verdaderamente moderno (para eso, el Kickboxing). ¿Una venganza del Karate de Okinawa a través de un norteamericano contra el imperialismo de Japón?

En los círculos de estudiosos que se encuentran más allá de las revistas populares de Artes Marciales, Dillman tuvo un impacto menor, aunque una cantidad importante de instructores avanzados se sumó a investigar los kata y sus posibilidades técnicas. Muchos salieron a indagar sobre Channan, aquella esquivada forma china que habría servido de base para que Itosu creara los Pinan (llamados Heian en Shotokan, y Pyongan en los estilos coreanos) (11). En paralelo, especialistas renombrados como Patrick Mc Carthy y Harry Cook produjeron obras con un nivel de investigación muy superior a los libros escritos hasta el momento por maestros orientales u occidentales. Mc Carthy, uno de los más profundos conocedores occidentales del Karate y sus tradiciones, (12) publicó una traducción del chino al inglés del Bubishi, con notas y comentarios. Este antiguo tratado chino era muy valorado por los maestros fundadores Mabuni, Miyagi, Itosu y Uechi, quienes consideraban que esta obra, transmitida

(8) Fotografías de Doug Churchill extraídas de *The Truthful Hand: Keeping the Ancient Ryukyuan Spirit Alive*, por Shiro Shintaku, Dojo Magazine, verano de 1994, Pacific Rim Publisher.

(9) Oyata integra en sus enseñanzas el arte del “kyusho jutsu” (puntos vitales) y el “tuite” o “torite” (control y manejo de las articulaciones del rival, una suerte de chin-na), ofreciendo una versión de Karate muy suave que está ligada al Motobu-ryu.

(10) Asume esa postura Enzo Montanari, calificado cultor del Shotokan, en *Karate Desconocido. La parte desconocida del karate tradicional*, trad. española de Ediciones Tutor, Madrid, 1999. La caligrafía de Oyata que acompaña este artículo proviene de dicha obra.

(11) Ver *Channan: The Lost Kata of Itosu?* por Joe Swift en www.fightingarts.com/content01/channan_kata.shtml

(12) Patrick McCarthy es un karateka único en el mundo. Hace tres décadas reconocido campeón canadiense de kumite, kata y kobudo, actualmente residente en Australia, vivió durante 10 años en Japón, donde practicó con los más altos exponentes de los estilos okinawenses, viajando habitualmente a China y Okinawa. Alumno de Richard Kim y Hiroshi Kinjo, incursionó en el Kung Fu, el Full-Contact y en el Shooto cuando ningún tradicionalista lo hacía. Graduado 8° Dan por la Butokukai, ha establecido para su escuela un programa sumamente práctico e innovador en el que los kata antiguos de Okinawa en las versiones más originales sirven como ayuda-memoria de las secuencias de combate que practican los alumnos, basadas en respuesta a lo que él llama “modos habituales de violencia”. Además de Kyusho y Tuite, Mc Carthy incorpora elementos de Tegumi (sumo okinawense). Ver <http://www.koryu-uchinadi.com>

mediante copia manual de maestro a alumno, contenía los verdaderos secretos del Karate okinawense. Los temas que trata el libro incluyen la selección y el uso de hierbas medicinales, puntos corporales y horarios de circulación de energía, técnicas de animales, y hasta el “golpe de la muerte”. Mc Carthy entrevistó a especialistas chinos y japoneses en distintas disciplinas, enriqueciendo la traducción con comentarios históricos y dándole el contexto adecuado. Para el lector contemporáneo el *Bubishi* –aún con la glosa de Mc Carthy– es una obra difícil, que no se ajusta a lo que el practicante moderno esperaría de un libro de Artes Marciales, al punto que Mc Carthy se encuentra en curso de publicar una guía para interpretar dicha obra. Su valor es inmenso como testimonio original de la etapa del salto entre Fujian (China) y Okinawa (Ryukyu), entre el Chuan Fa –especialmente la Grulla– y el Tode.

La distinción clásica entre las tres líneas de Shuri, Tomari y Naha es aquí relevante. En cuanto a la primera, el último de los maestros de Shuri que recibió influencias chinas de consideración fue Sokon Matsumura, quien las tomó “con beneficio de inventario” (esto es, adoptando o descartando a su conveniencia). La tradición de Tomari, de fuerte impronta china y representada por Kosaku Matsumora y Kokan Oyadomari, en gran medida se diluyó, y fue incorporada en dosis más o menos homeopáticas al Shuri por Chotoku Kyan, Choki Motobu, Tatsuo Shimabuku y Shigeru Nakamura. Los aspectos más suaves y circulares del Shorin muchas veces remiten a esa línea. En cuanto al Karate de Naha inaugurado por Seisho Aragaki y Kanryo Higaonna (que constituye una tercera línea marcadamente distinta de la línea evolutiva Shuri/Shorin/Shotokan), sus estilos de Goju ryu (Chojun Miyagi), Toon ryu

(Juhatsu Kyoda) y Uechi ryu (Kanbun Uechi) exponen sistemas de Kung Fu sureño (grulla arrulladora y tigre) aprendidos por sus maestros. Sus movimientos de defensa circulares, utilización de garras y dedos, acondicionamiento del cuerpo para recibir golpes y posturas cerradas marcaron a estos estilos como “diferentes”. De hecho, mientras que en la línea de Shuri distintos estilos de Kung Fu fueron entrando a Okinawa en forma incompleta y azarosa y asimilados gradualmente durante siglos, en la línea de Naha se trató de la importación más reciente de estilos de Kung Fu completos (muy especialmente el caso del Uechi, con el Pangainun aprendido en China a fines del siglo XIX), sin un proceso de “mestizaje” y desarrollo a lo largo de generaciones. Con la revalorización de las raíces chinas en el ámbito del Karate, los ajenos a las tradiciones de Naha o Tomari vieron caer el valor de cotización de sus estilos. La peor parte de la nueva moda le tocó al Shotokan, puesto que si la validez de un estilo estaba dada por su cercanía a sus orígenes chinos, el Karate okinawense debería considerarse ontológicamente superior al japonés. Pero antes de hacer afirmaciones de tal tenor los neo-okinawenses debieron saber que meterse con un tigre es siempre riesgoso.

El tigre de Shotokan muestra sus garras

Todo lo dicho, hasta que de la mano de Bruce Clayton en 2004 surgió una línea de interpretación histórica que echa por tierra con la mayor parte de los mitos sobre la historia del Karate de Okinawa que contienen los libros más difundidos, poniendo en dificultades aún el revisionismo histórico de Dillman. Clayton, un instructor de Shotokan 5° dan integrante del grupo

de Vincent Ruiz bajo Hidetaka Nishiyama (ciertamente un sello de calidad de origen), en su libro *El Secreto de Shotokan. La verdad oculta detrás de los orígenes combativos del Karate* (13) ensaya una hipótesis que promete agitar las aguas de este arte. A diferencia de la sobriedad expositiva usual en los libros sobre la materia, Clayton escribe de modo coloquial y casi novelesco, llevando al lector a través de una pesquisa propia de un detective para desentrañar lo ocurrido en Shuri desde principios del s. XIX hasta la muerte de Itosu en 1915. La descripción de la historia que propone es persuasiva y muy distinta a la difundida. Quienes hayan dedicado algunas horas a leer sobre historia del Karate saben que existen discrepancias y dudas sobre la historia de cada maestro, estilo y kata. Clayton evidentemente ha leído todas esas contradicciones y controversias, pero ha decidido obviar la mayor parte de ellas pues su objetivo no es la historia minuciosa (la cual probablemente nunca se sepa), sino cómo y por qué cambió el Karate. Entonces Clayton bucea entre los archivos de la época, litografías, diarios de viaje de marinos occidentales y todas las evidencias que le permiten reconstruir la historia desde donde nunca se la había analizado aún.

Las discrepancias y dificultades que presenta la historiografía del Karate para ponerse de acuerdo en las cuestiones más básicas ocurridas hace menos de 200 años residen en un rasgo cultural de oriente que, según Clayton, hasta ahora no había sido tenido debidamente en cuenta: para decirlo con elegancia, cierta falta de apego a la verdad. En efecto, los autores, usualmente karatekas, han tendido a tomar por veraces las historias que cuentan sus maestros. Ese rasgo cultural es el privilegiar una

(13) Bruce D. Clayton, *Shotokan's Fighting Secret. The hidden truth behind Karate's fighting origins*, Ohara Publications, Burbank, 2004.

buen imagen con enseñanza moral –la “historia oficial” o tatemae- por sobre la verdadera realidad de las cosas –la “verdad oculta” o honne-, lo que ha producido innumerables distorsiones en la historia contada por los pioneros del Karate. Los orientales en general se preocupan mucho por mantener y difundir el perfil ejemplar de sus propios maestros, y consideran a aquellos que escarban sobre la verdad detrás de las historias como “inadaptados” (rikutsupoi). Esto explica, por ejemplo, que S. Nagamine haya afirmado que “en sus 85 años, no se conocen episodios violentos del maestro Itosu”, cuando son varias las historias sobre sus peleas. Nagamine y los demás maestros que podían ligarnos vitalmente con el pasado siempre buscaron dar una imagen de moralidad asociada al Karate, y al contrastar lo dicho por unos y otros nunca se supo cuándo había elogio desmedido, verdad o rivalidad. Clayton analiza detenidamente las vidas y circunstancias de los próceres del Karate, y, al mostrar una versión de carne y hueso, la historia se vuelve atrapante. Los elementos de prueba que ofrece son completados con imaginación y especulaciones plausibles, y lo llevan a conclusiones muy interesantes respecto del papel

de Itosu en el desarrollo del Karate. Claro, para construir su argumento nuestro autor prescinde de considerar opiniones muy atendibles de otros autores, pero su cometido es presentar una tesis alternativa sobre el desarrollo del Shorin y Shotokan, y no resolver los temas sobre los que no se han podido poner de acuerdo los rigurosos Bishop, Mc Carthy, Harry Cook, Graham Noble, Rob Redmond o Joe Swift. Aunque por momentos Clayton cae en digresiones innecesarias que atentan contra el nivel de la obra (14), la originalidad de su planteo y su sustento bibliográfico es impecable (por ejemplo, el autor refiere a 119 videos de kata de diversos estilos).

Clayton afirma que hace aproximadamente 150 años una serie de circunstancias políticas muy especiales pusieron a un grupo de hombres fuera de lo común, encargados de proteger al rey en el Castillo de Shuri, bajo una presión extraordinaria. Como elementos químicos que, combinados y sometidos a un fuerte estímulo exterior en un entorno aislado (un tubo de ensayo o un crisol) reaccionan y producen moléculas distintas, así, en el “crisol de Shuri” en la segunda mitad del siglo XIX esos elementos se combinaron y produjeron algo muy

nuevo y distinto al Karate anterior: el revolucionario Karate lineal o Karate de impacto. ¿Cuáles eran esas circunstancias políticas, quiénes eran esos personajes y cuál era esa presión? Es una historia donde la suma de detalles hace la diferencia, pero en términos simplificados es la siguiente:

Circunstancias políticas de Okinawa en la primera mitad del siglo XIX

Okinawa constituía una sociedad rígidamente estructurada. Casi la totalidad de los pioneros del Karate integraban la nobleza okinawense (“keimochi”), donde aristocracia no era sinónimo de riquezas sino de educación, mientras que los plebeyos (“niya”) descalzos y semidesnudos subsistían como pescadores o agricultores y no disponían de tiempo libre para poder practicar Artes Marciales. La clase alta no vivía demasiado mejor: apenas vestían de un modo que denotaba su nivel social, y gracias a su cultura generalmente ocupaban puestos en la burocracia gubernamental, y vivían bajo el peso de esa responsabilidad. Los rangos superiores estaban vinculados con la realeza y clase militar superior (oyakata) y los niveles medios eran el brazo armado del gobierno (categorías pechin y satunishi pechin), mientras que los estratos más bajos de keimochi solían enrolarse en la policía.

En ese momento Okinawa (en rigor, el archipiélago Ryu Kyu o Liu Chu) estaba formalmente bajo el mando del rey de la segunda dinastía Sho, pero desde la brutal invasión japonesa de Satsuma en 1609 (en que murieron 539 okinawenses y sólo 57 japoneses), el gobierno estaba bajo el control de los samurai de Satsuma, quienes eran los únicos autorizados a poseer armas en toda la isla y, alojados en una ala del castillo, mantenían al rey



Vista del Seiden del palacio de Shuri antes de su destrucción en la Segunda Guerra

(14) Advierto al lector prejuicioso que el libro incluye fotos de niños (suponemos, alumnos del autor) empuñando escobas bajo el rótulo “Kobudo de cocina”, en un ejemplo de cómo ciertos movimientos de kata enseñan a defenderse con lo que esté a mano. Son las candorosas notas de color de los norteamericanos que jamás encontraríamos en un libro japonés, pero no deben ser confundidas con faltas de seriedad.

como rehén en la propia fortificación. Por otro lado, al tiempo de aquella invasión Okinawa era nominalmente dominio del emperador Ming, situación que no había cambiado –por el momento, a Japón le bastaba con el beneficio económico sin entrar en disputas diplomáticas o territoriales con China-, y por ello también había representantes chinos en el castillo de Shuri. En síntesis, Okinawa estaba sujeta a un doble sometimiento con obligación de pagar tributo a ambos países opresores, pero hacia los occidentales la “historia oficial” exhibía simplemente a un rey gobernando a su isla.

El crisol (Castillo de Shuri) y sus circunstancias

Según la descripción de Clayton, el palacio, construido en el siglo XVI, imitaba el estilo de los aposentos reales de China. Enclavado en una colina a cinco kilómetros de Naha, se encontraba rodeado de muros, rampas y jardines y se accedía por el portal ubicado en el lado oeste. Tenía una extensión de 400 metros de este a oeste, y 270 metros de norte a sur en la construcción principal configuraba un gran patio, en torno al cual se distribuían los representantes chinos en el lado norte, los miembros del clan Shimazu de Satsuma en el ala sur, al oeste edificios de usos diversos y templos, y sobre el lado este el Seiden (salón real), un imponente edificio de dos plantas con la recepción principal en la planta baja, conectado por escaleras ubicadas detrás del trono con la cámara real y cuartos auxiliares utilizados por los oficiales de gobierno en el piso superior. Detrás del Seiden se encontraba la parte privada del castillo, con las habitaciones del rey y su familia, y el personal de

servidumbre, exclusivamente femenino. Allí estaba prohibida la entrada de sirvientes masculinos y visitantes. Siguiendo hacia el este, estaba el mausoleo, resguardado por un muro de dos metros y medio de altura, bajo cerrojo y custodiado, al que sólo podía acceder el rey. En el extremo sudeste, el sector reservado a la familia real tenía una puerta oculta que conectaba el palacio con el bosque aledaño.

Las potencias europeas habían tomado contacto con Japón durante el siglo XVI, y para 1800 la pretensión del Shogun Tokugawa de mantenerlas fuera de sus costas se hacía casi imposible. Hacia 1840 había más de mil barcos norteamericanos cazando ballenas jorobadas en aguas japonesas. El comercio y la caza de cetáceos hacían que las naves occidentales quisieran frecuentemente desembarcar para aprovisionarse y, ante los sangrientos desembarcos frustrados en Japón, Okinawa se mostraba como una alternativa atractiva. Quienes integraban la tripulación de barcos balleneros eran usualmente marginales que habían fracasado en la vida civilizada, hombres curtidos que vivían hacinados en un clima de violencia y, luego de meses en alta mar, ansiaban desembarcar en busca de comida fresca, mujeres y alcohol. En la primera mitad del siglo XIX numerosos desembarcos fueron recibidos en la costa con rechazo o actitudes confusas por las autoridades uchinanchúes (okinawenses), que se negaban a comerciar con los visitantes, quienes desconocían la existencia de un gobierno títere en la isla, y que la violación por parte de los funcionarios okinawenses de la prohibición de comerciar con extranjeros establecida por Satsuma podría costar la vida del rey. Muchas veces se producían incidentes y los

extranjeros –ingleses, norteamericanos, franceses y rusos- tomaban por la fuerza lo que necesitaban. Los okinawenses nunca aceptaban los pagos que les eran ofrecidos. En todos los casos los oficiales de Shuri expresaban sin mayor explicación “ustedes no son bienvenidos, regresen a su barco.” No conociendo la verdad oculta (*honne*), los extranjeros miraban a los okinawenses como si fueran locos, porque a veces toleraban los robos, pero nunca aceptaban pagos. Los japoneses observaban en estos casos desde fuera de escena, y los oficiales uchinanchúes, desprovistos de armas, estaban cada vez más preocupados por el imponente armamento que exhibían los extranjeros con los que se entrevistaban en términos muy poco amistosos. No es raro que de noche estos “funcionarios” okinawenses, ocultos a los ojos japoneses, se dedicaran a reventar sus nudillos contra sus makiwara. Por eso, lo habitual en el castillo Shuri era, para los puestos de funcionario de mayor cercanía al rey, contratar miembros de la aristocracia guerrera que además de poder cumplir con sus tareas habituales (diplomáticos, traductores, secretarios, inspectores, inventariadores, oficiales de impuestos) fueran consumados artistas marciales que eventualmente le sirvieran como guardaespaldas. El ideal marcial de cultivar en paralelo la pluma y la espada había cobrado en Okinawa un cariz sumamente práctico.

Según veremos más adelante, las desagradables visitas de los barcos extranjeros llegaron al colmo el día que los marines norteamericanos entraron con prepotencia en el Castillo de Shuri.

(15) Muchos autores afirman que nació en 1809. La falta de documentación fidedigna y las versiones y los datos contradictorios pueblan la historia del Karate. No siendo ese el objetivo central del presente trabajo, reproducimos la información que ofrece Clayton, aún en cuando pueda resultar discutible.

(16) Matsumura sirvió a los reyes Sho Ko (1804-1834), Sho Iku (1835-1847) y Sho Tai (1848-1879).

Matsumura, guardia de palacio

Sokon Matsumura había nacido en el seno de una familia keimochi en 1796 (15). La veda de poseer armas no impidió que, orgulloso de la tradición guerrera de su familia, asumiera la función de jefe de guardia de palacio de los reyes de Okinawa, cargo que desempeñó durante toda su vida adulta (16), debiendo proteger a los funcionarios uchinanchúes ante cualquier peligro; se trataba de marineros borrachos, Samurai de Satsuma, o cualquier amenaza. Durante 50 años de servicio, él asumió con total conciencia que como guardaespaldas del rey ante cualquier confrontación que le tocara vivir, sería él -y quizás un puñado de okinawenses- contra un número mucho mayor, y piel contra acero. No sólo debía aceptar esa realidad, sino que debía tomar los recaudos para proteger exitosamente a la familia real ante tales adversidades.

Matsumura había conocido a su maestro "Tote" Sakugawa a los 14 años de edad, cuando éste ya tenía casi 80, el doble de la expectativa de vida en aquella época. Ante un padre en su lecho de muerte por una goliarda re-

cibida de unos borrachos, Sakugawa había jurado que él nunca sería víctima impotente ante la violencia. Al poco tiempo, siendo niño, aprendió el arte de la mano china ("tote" o "toide") de Peichin Takahara, un monje budista que trabajaba en el palacio. El Tote era básicamente la amalgama de conocimientos de Kung Fu -mayormente Grulla Blanca- que se practicaba desde hacía algunos siglos en Okinawa, y se veía periódicamente enriquecida por viajeros provenientes de Fujian. Cuando Sakugawa ya era un practicante avanzado, una noche, cometió el error de agredir a un diplomático chino, Kong Su Kung, quien ante su sorpresa lo derrotó fácilmente. Sakugawa pidió disculpas y fue aceptado como alumno de Kung, aprendiendo el estilo que luego condensó en la forma "Kusanku", que contiene numerosos movimientos de agarre y pelea nocturna (hace 200 años en Okinawa pelear de noche equivalía a "descampado y a oscuras", y no en el entorno urbano iluminado que acostumbramos).

Matsumura es considerado el mayor karateka que haya existido, se lo ha llamado "el Miyamoto Musashi de Okinawa", y fue nombrado "Bushí" (título honorífico de guerrero) por el propio rey. Entrenaba fanáticamente, y al cumplir 25 años ya era jefe de guardia y considerado un peleador invencible en Okinawa. Se decía que tenía una mirada "de halcón" por sus ojos rasgados oblicuamente que, cuando miraba en forma penetrante, infundía temor en sus adversarios como si estuvieran frente a un demonio. Según George Alexander, Matsumura había desarrollado una potencia de golpe muy superior a cualquier otro especialista, basada en la rotación del cuerpo, la traslación del centro de gravedad y la aceleración al momento del impacto. En síntesis, el arrebato, la brusca ex-



Comodoro Matthew Calbraith Perry (1794-1858)

plosión de potencia ejecutada con total precisión. Es lo que luego Chibana Chosin llamaría "ippon kowashi", un punto de destrucción total, hoy más conocido como "ikken hissatsu", muerte en un puño. Eso -junto con una actitud sorpresiva y brutal- permitía derrotar a enemigos de mayor tamaño y, según Bruce Clayton, significó el primer hito en el desarrollo del Karate lineal, diferenciándose de los estilos más cercanos a la circularidad y los desplazamientos laterales del Chuan Fa. Señala nuestro autor que los sistemas de boxeo chino habían sido desarrollados por monjes budistas, cuyas obligaciones religiosas les imponían minimizar el daño a sus atacantes, aún a costa de sacrificar su integridad. Según Clayton, cuerpos especialmente acondicionados para resistir golpes (como en kata Sanchin) y técnicas de agarre y control se inscribían dentro de esa lógica (17). Pero según nuestro autor, Matsumura no era un monje y no podía darse el lujo de convicciones personales que pusieran en riesgo la integridad de sus protegidos. Era un guerrero. Las necesidades y la situación en el Castillo de Shuri planteaban a Matsumura limitaciones distintas

Karateka okinawense golpeando makiwara. (18)



(17) Clayton reconoce que el Karate de Naha, mucho más cercano en concepción estilística a la tradición china, no muestra necesariamente benevolencia en sus movimientos. El Uechi incluye la práctica asidua de técnicas particularmente crueles, como golpes con los dedos a la garganta y puntapiés punzantes a los testículos.

(18) Estampilla y litografías provenientes de http://www.baxleystamps.com/litho/ry_litho_main.shtml

las que habían tenido los cultores de Chuan Fa, a quienes conoció de primera mano en sus viajes de formación a China (Fuzhou y Beijing). De hecho, el recordado Robert Trias sostenía que el Hsing I habría tenido una incidencia especial en el Shuri-te de Matsumura. Este último también había accedido en Japón al grado de instructor de Jigen-ryu kenjutsu –escuela de sable cultivada por el clan Satsuma–, lo cual se supone puede haber tenido influencia en el desarrollo del Kobudo (combate con armas impropias o de uso civil) okina-

de este kata y probablemente el error de Funakoshi no es casual.

El agente catalítico: un marino llamado Perry

Hacia 1840 la política de aislamiento de Japón llevada adelante por el gobierno de Tokugawa comenzaba a ser vista como un problema. Barcos balleneros norteamericanos encallados en sus costas en más de una ocasión habían tenido serios problemas –asesinato incluido–, y las groseras

ces, ante allegados y ajenos, Perry se comportó con la soberbia y poca consideración de un daimyo (señor feudal) japonés.

Llegado al puerto de Naha, echó a las autoridades portuarias de la cubierta de su embarcación rechazando sus obsequios y diciéndoles que no tenían rango suficiente para hablar con él. Así provocó que inmediatamente fuera visitado por Sho Taimu (y un reducido grupo de colaboradores), quien se presentó como el príncipe regente dado que el rey Sho Tai era aún un niño. Según Clayton, en el contingente estaban Matsumura e Itosu. Luego de una visita por el barco, Perry hizo una serie de reclamaciones, incluyendo la construcción de un depósito de carbón para sus navíos, la venta de provisiones y el establecimiento de una base en el puerto. Sus pretensiones fueron rechazadas con gentil terquedad, y Perry exigió hablar inmediatamente con el rey. Sho Taimu respondía que se trataba de un niño, y que no era posible acceder a las peticiones (tatemae o historia oficial), sin mencionar que los samurai de Satsuma prohibían bajo amenaza severa todo contacto con extranjeros (honne o verdad oculta). A su vez, Perry insistía sobre esos temas que poco le interesaban (tatemae) para provocar una situación enojosa y ganar reputación de dureza (honne).



El contingente americano en las puertas del Castillo de Shuri (daguerrotipo original)

wense. Habiendo capitalizado todo lo aprendido, Matsumura se apartó tanto de las fuentes chinas que su estilo híbrido luego fue conocido como Shuri-te.

Clayton señala que Matsumura desarrolló, entre otros, el kata Patsai / Bassai, una forma agresiva y fuerte que practicaba asiduamente. Aunque Funakoshi en su libro *Karate Kyohan* explicaba que esa forma significa “penetrar la fortaleza”, apunta nuestro autor que los caracteres del nombre no aluden a ninguna fortaleza, sino que Bat (su) significa “sacar”, y Sai significa “bloquear”. Según veremos más adelante, “fortaleza” es un concepto que subyace al nombre y el cometido

negativas japonesas a establecer relaciones diplomáticas con los Estados Unidos comenzaron a ser consideradas un insulto. El congreso norteamericano decidió que correspondía solucionar la “cuestión japonesa”, y en 1853 el presidente Fillmore envió una flota de 15 buques al mando del Comodoro Matthew Perry. Perry había leído todo el material disponible acerca de Japón y su cultura. Sabía de su idiosincracia guerrera y su respeto por la fuerza. En lugar de dirigirse directamente hacia Tokio, dirigió sus barcos a Okinawa, asumiendo que una muestra de fuerza allí le granjearía una reputación importante en Tokio. Desde enton-

Itosu y compañeros: lo que había en el crisol

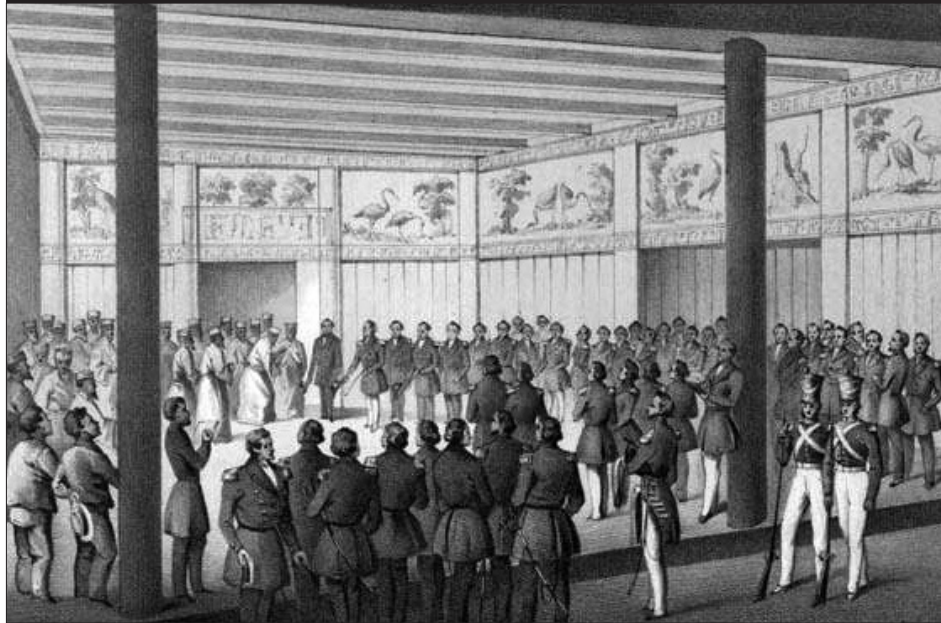
Clayton describe a quienes secundaban a Matsumura como guardaespaldas encubiertos del rey. En primer lugar debe mencionarse a Anko Shishu (Itosu). Éste había sido un niño frecuentemente golpeado por su padre, quien quería forjar en él un carácter aguerrido. A los 16 años ingresó como aprendiz de guardia a las órdenes de Matsumura, quien se ocupó de entrenarlo hasta los 24 años (esto es, entre 1846 y 1854). Itosu, quien se desempeñaba como traduc-

tor y calígrafo de palacio, tenía el cuerpo forrado de músculos, y su golpe de puño, desarrollado frente al makiwara, era temible. Existían varias historias sobre lo fuerte de su agarre y su aptitud de pelea (enfrentándose contra varios atacantes armados, noqueando a uno de ellos con una patada lateral a la mandíbula, etcétera). En cierta ocasión un japonés campeón de Judo quiso demostrar la inferioridad marcial de los okinawenses, e Itosu, que estaba presente en el lugar, a pesar de tener 75 años no quiso dejar pasar la cuestión. El japonés, en consideración hacia el anciano, le dijo que iba a tratar de no lastimarlo. Comenzado el combate el judoka lo tomó de la solapa. Itosu derribó a su contrincante con un golpe corto de su puño izquierdo al plexo solar, convirtiéndolo en un despojo que boqueaba sin poder respirar. Itosu se retiró sin hacer mayor cuestión, ante un público atónito.

A las órdenes de Matsumura, junto con Itosu trabajaban en palacio como burócratas:

- Yasutsune Azato –el primer maestro de Funakoshi, a quien éste con-

El contingente militar americano dentro del Seiden de Shuri - (daguerrotipo original)



sidera “el mejor karateka que vi en mi vida”-, el gran amigo de Itosu, experto en Jukendo (arte de la bayoneta). Azato, que tenía experiencia real enfrentándose sin armas contra sable, estaba convencido de la inutilidad de acostumbrar al cuerpo a absorber golpes, por lo que era un especialista en desplazamientos (tai sabaki).

Decía que las manos y los pies del karateka deben ser como sables y matar al primer contacto.

- Chofu Kyan (padre del famoso Chotoku), custodio del sello real, era un hombre estricto y karateka devoto que dedicaba las noches a entrenar a su enfermizo hijo.

- Seisho “el gato” Arakaki, oficialmente traductor de idiomas chino y japonés, era un cultor del puño del monje (luohan) y de la grulla blanca. Era un especialista con el kama (hoz), el sai y el bo (vara). Se le atribuyen los kata niseishi/nijushiho, sochin y unsu.

- A su vez, Clayton da persuasivas razones para creer que también integraban este selecto grupo de “oficinistas” karatekas de la talla de Kokan Oyadomari, Kosaku Matsumora (ambos exponentes de Tomari-te), Peichin Yara, Sanda Kinjo (expertos en Kobudo) y Peichin Kiyuna.

- En otras palabras, un “dream team” de los mejores y más experimentados karatekas de Okinawa trabajaba en la oficina real, en el primer piso del Seiden, a pocos metros de distancia del rey.



Sho Taimu y sus asistentes (daguerrotipo original)

Un día para recordar

Según Clayton, el 6 de junio de 1853 fue un día clave en la historia del Karate. El Comandante Perry, luego de considerar que no iba a ser detenido por las excusas de los funcionarios okinawenses, montó un acto de provocación controlada. Perry hizo desembarcar del USS *Susquehanna* dos cañones arrastrados por 30 marineros y dos compañías completas de Marines desplegando sus fusiles y bayonetas y 50 oficiales con sus sables. El propio Perry se hizo trasladar en un palanquín preparado por él para la ocasión, cargado por ocho sirvientes chinos, lo que le daba la apariencia de un Shogun. Con esa especie de desfile con prepotente exhibición de armas, se dirigió al castillo de Shuri. Al llegar al portón principal y a la vista de los cañones, luego de alguna demora estratégica, los okinawenses no tuvieron más remedio que abrirles paso. Sho Taimu descubrió hace 150 años una verdad geopolítica: cuando el Tío Sam toca la puerta, no es porque no pueda derribarla de una patada. Habiendo ingresado, el nutrido grupo de norteamericanos encontró una construcción prácticamente desierta. Sólo se hallaban el regente, tres ministros y una docena de asistentes. Llevados a un gran salón, los norteamericanos lo llenaron casi

por completo dejando a los funcionarios okinawenses en un rincón. Ambos grupos se estudiaban mientras tomaban té y masticaban un duro pan de gengibre. Los okinawenses estaban tensos, no encontrando otra explicación para la ocupación del castillo que la inminente autoproclamación de Perry como gobernador militar de Okinawa, reclamando el territorio para los Estados Unidos. ¿Por qué, entonces, tardaban tanto tiempo en silencio o con comentarios superficiales comiendo ese pan?

Un rato después, el regente invitó a Perry y sus oficiales a cenar a su casa, en un intento por hacerlos salir del castillo. Increíblemente, Perry aceptó. Trasladados a la casa, Sho Taimu y dos de sus asistentes fueron fotografiados con daguerrotipo. Al cabo de una tediosa cena en que los okinawenses estuvieron totalmente desconcertados e intimidados, los americanos se marcharon bajando la colina y utilizaron el resto de la tarde para embarcar los cañones. Los okinawenses respiraron aliviados aunque confundidos por lo inescrutable de los invasores y lo insólito de sus actos. Perry había conseguido lo que buscaba: cuando llegara a Tokio sería tomado muy en serio.

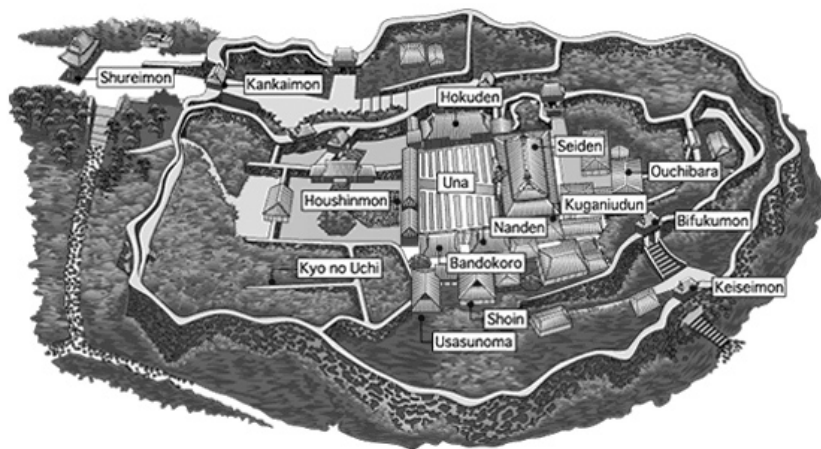
Regresado Sho Taimu al castillo, éste sabía que los samurai de Satsuma no le perdonarían que los extranjeros

hubieran salido de sus barcos. Por la torpeza de ese regente, los americanos no sólo habían desembarcado, sino que habían llegado a estar a sólo un par de habitaciones de distancia del mismísimo enclave de Satsuma en Okinawa. Regresado tiempo después a Okinawa, Perry notó que nunca más se vio u oyó hablar de Sho Taimu (desaparición sin duda vinculada con su error). Luego el Comodoro se dirigió a Tokio, donde su misión fue un éxito, precipitando la apertura de Japón a occidente e iniciando la cadena de actos que llevarían a la caída del régimen feudal japonés a favor de la Restauración Meiji. No pasó tanto tiempo hasta que Perry regresó a Okinawa: ahora fue mucho mejor recibido, y los okinawenses mostraron ser hábiles comerciantes, reclamando plata por la venta de sus productos. Los diarios de viaje de Perry y sus hombres expresan que en todo el tiempo que estuvieron en Okinawa no vieron ni una sola arma.

Ese día, estar inermes con el regente y sus compañeros rodeados de invasores gigantes y armados, en grave desventaja numérica, en el propio palacio, quedó grabado para siempre en la mente de Itosu. No por lo que sucedió, sino más bien por lo que pudo haber ocurrido.

La “hipótesis de conflicto”: el Plan Z

Como guardia de palacio y probable sucesor de Matsumura, la escena tiene que haber sido una pesadilla recurrente para Itosu. Aunque todavía era joven, según Clayton la escena acosó a Itosu durante el resto de su vida (¿qué hacer si volviera a ocurrir y los invasores decidieran quedarse?). Existen numerosos relatos que dan cuenta del carácter previsor y minucioso de Matsumura. Ciertamente, en el episodio con los norteamericanos todas las previsiones demostraron ser adecuadas: del diario de los norteamericanos surge que tanto en el barco como en tierra nunca se encontraron con guardias, ni mujeres ni niños. De



Croquis del Castillo de Shuri (19)

19 <http://www.wonder-okinawa.jp/001/001-e/index.html>

hecho, los hombres de Matsumura hicieron de mozos, sirviendo a los extranjeros y manteniéndose entre éstos y Sho Taimu. La regla que impedía a extraños ir más allá del patio central y Seiden, reservando un lugar exclusivo para el rey y servidumbre femenina, servía a Matsumura para que el sector trasero fuera un ámbito altamente privado y carente de interés desde la perspectiva militar de cualquier visitante. Sin duda una ventaja que podía aprovechar la guardia real. La arquitectura de la fortificación, rodeada por murallas varias y dispuesta en forma de laberinto con edificios atravesados, hubiera impedido adivinar la salida, dificultando el desplazamiento de los invasores.

¿Qué salida? La del rey. ¿Cómo? El conjunto de “burócratas”, ante cualquier emergencia, debía lograr la extracción del soberano (abriéndose paso entre bayonetas, fusiles y sables) a la planta superior del Seiden, y de ahí a los aposentos reales cuya puerta trasera daba al bosque que cubría la empinada colina, permitiendo una vía de escape probable.

Es esa la hipótesis de conflicto que marca el nacimiento del Karate moderno, el Karate de impacto, un Arte Marcial para guardaespaldas pensado para combate grupal y asegurar al protegido una vía de escape en cuestión de segundos, sin ahorrar

daños que puedan producirse en el enemigo.

La estrategia de seguridad de Matsumura, ¿había funcionado? Aunque estaba bien pensada para el caso de tener que enfrentar a los samurai alojados en palacio, los norteamericanos habían demostrado ser muchos más, más corpulentos, con el poder de fuego de sus fusiles, y un comportamiento sumamente extraño e impredecible. Como señala Clayton, el operativo “reaccionar, extraer y escapar de la fortaleza” tomó un cariz perturbadoramente probable. La última instancia de defensa, el plan a seguir cuando toda otra previsión hubiera fallado (por eso lo llamo el “Plan Z”), la pelea sin armas, debía ser mejorada, e Itosu emprendió entonces la tarea de continuar el desarrollo del estilo de Karate de los guardias de palacio.

El Karate que fue retocado por Itosu era una táctica que se inscribía dentro de una estrategia más amplia en caso de necesitar un escape de emergencia desde el Castillo de Shuri:

- En el sector reservado para servidumbre femenina, se contaría con la implacable Tsuru Yonamine, de cuya aptitud combativa existen relatos y con quien “casualmente” se casó Matsumura, integrándola a personal de palacio.

- El propio rey de Okinawa estaba

entrenado para cuidarse a sí mismo, dado que recibía enseñanza de los mejores karatekas de la isla.

- El Seiden estaba dispuesto de modo tal que los guardias encubiertos pudieran abrirse paso a golpes, cubrir y sacar al rey del recinto llevándolo por la escalera al aposento real en el piso superior.

- Existía una discreta puerta trasera cercana al dormitorio del rey que permitía un escape hacia fuera de la construcción.

- El riesgo de encontrarse con los samurai de Satsuma “a la salida” estaba minimizado por la existencia de un pasadizo secreto a los túneles (de más de tres kilómetros) debajo del castillo, una de cuyas bocas daba, al pie de un virtual acantilado, a lo que podría haber servido como una pequeña embarcación de fuga.

- Clayton especula que el pasadizo estaría en el mausoleo privado del rey (shinbyouden), un sitio sin interés fuera de lo religioso, rodeado por altas paredes sobre las cuales los Satsuma no podrían espiar, dentro del sector reservado a las mujeres y muy cercano al aposento real.

- Es conocida la prohibición de poseer armas impuesta por Satsuma. Pero en situación extrema y ya encontrándose en huida (diríamos, perdido por perdido) ¿no sería razonable tener unos sables escondidos en la salida, ante la



Funakoshi ejecuta Naihanchi Kata

posibilidad de un bloqueo inesperado? Matsumura y Azato eran maestros en el uso de la katana, y muy probablemente los reyes de Okinawa no hayan entregado *todas* sus armas a los japoneses. Algunas podrían haber quedado convenientemente olvidadas en el mausoleo privado / pasadizo secreto, al que en principio nunca tendrían por qué acercarse los Samurai.

Los años siguientes: El Karate de Itosu

Cuando se repasan las acciones de Itosu a lo largo de años, se encuentran cambios muy importantes en los kata, según dan cuenta las diferencias estilísticas provenientes de Sakugawa (los puntos comunes al Matsumura Seito y el Isshin ryu de Shimabuku) y el talante Shuri que se aprecia en el Shorin moderno y Shotokan. Para Clayton una clave para apreciar los cambios es observar el Isshin ryu, que estilísticamente no pertenece ni al Shorin ni al Karate de Naha. Para tal autor el Isshin ryu puede ser considerado una cápsula del tiempo del Karate pre-Shuri. (20). Del análisis de videos comparando la ejecución de formas según Shorin, Shotokan e Isshin, Clayton observó cambios notables (21). El kata Kusanku (Kanku Dai), colección de movimientos de Kong Su Kung compilada por Sakugawa que había sido modificada por Matsumura, fue nuevamente alterada por Itosu. Originalmente era una

forma de pelea nocturna, en la oscuridad, cuyo objetivo era evitar ser sujetado, para sorpresivamente apresar al enemigo, y acabarlo sin perder contacto con él. Era un manual de combate a ciegas: evadir, controlar, golpear, derribar, golpear. Todas tales aplicaciones, provenientes del Kung Fu de Kusanku, fueron cambiadas por Itosu para la hipótesis de combate diurno contra varios atacantes a los que no se puede dedicar más que unos pocos segundos (en la mente de Itosu, no hay tiempo para golpear, ejecutar un lance y luego controlar a un solo rival, como hubiera preferido un monje budista).

Según Clayton, el enigmático kata Naihanchi (Tekki), también traído del sur de China, con su movimiento exclusivamente lateral (“como contra una pared”), en parte se explica si uno está cubriendo a alguien a quien se desea proteger y trasladar, quizás sujetando a un rehén contra el pecho de uno con la amenaza a quienes se acerquen de romperles el cuello. La lógica del golpe y desplazamiento, con desarmes para fusiles, es distinta de las intrincadas palancas y retenciones que muestran en su aplicación de Naihanchi estilos más antiguos.

En cambio, el kata Chinto (Gankaku) fue una forma originaria de Shuri. En una ocasión Kosaku Matsumora y Sokon Matsumura fueron enviados para capturar a un pirata chino (Chinto) en el puerto de Tomari, y éste, recluido en una cueva empinada de entrada angosta, los enfrentó con gran destreza. Aparentemente se

ganaron recíproco respeto, y, según especula Clayton la lección le mostró a Matsumura las limitaciones de su estilo en desnivel. Estos especialistas habrían compilado los movimientos útiles desde la perspectiva de quien está arriba o debajo en una pelea desnivelada. El propio Matsumura, según Clayton, hizo uso extensivo de este kata considerando la huída hacia el piso superior en el castillo de Shuri. Itosu, valorando la estrategia de combate en una escalera, no habría necesitado hacer ajustes de consideración (22).

Pero los aportes más importantes de Itosu no residen en lo que cambió, sino en lo que agregó.

Movimiento: Si se comparan kata como Sanchin o Hakutsuru (Gruña Blanca) con los de Itosu, en los primeros son básicamente estáticos, mientras que en los segundos, el practicante se desplaza rápidamente de un lado a otro (23).

Potencia: Las posturas inclinadas o acostadas fueron reemplazadas por otras con el torso erguido, replanteando el Karate en torno a la generación de máxima potencia por encima de otras consideraciones (evasión, derribos, etcétera).

Pluralidad de oponentes: Mientras que la estrategia del Karate pre-Shuri se vinculaba con desplazamientos laterales, ello no es posible ante muchos enemigos. La opción preferible es lineal; encimar a uno de ellos, anu-

(20) Recuérdese que el fundador de ese estilo, Tatsuo Shimabuku, se formó con Chotoku Kyan. Uno de los aspectos más interesantes del libro que comentamos es el sondeo sobre la personalidad de Kyan y su modo muy particular de ver el Karate y la vida.

(21) Me excuso de comentar sobre kata de Karate por falta de conocimiento, pues si bien estoy calificado para escribir sobre formas de TaeKwon-Do, los puntos en común de éstas con las de Karate son tantos como las diferencias que las separan. En todo este tema reproduzco la opinión de Clayton.

(22) Sería muy difícil hacer una lista de los kata sobre los que Itosu tuvo influencia, pues las formas que fueron retocadas mantuvieron su nombre original, de modo tal que hoy coexisten variantes pre- y post- Shuri en distintos estilos bajo el mismo nombre. Además, adviértase que en Shotokan existen kata con origen en Tomari y Naha que posteriormente fueron reinterpretadas con el criterio del propio Itosu, como si éste hubiera trabajado sobre esas formas casi 40 años luego de muerto.

(23) Clayton afirma que el tipo de práctica de la línea Shuri tiene algún efecto sobre la longevidad, según dan cuenta las edades en que murieron, cuando la expectativa de vida promedio era de 40 años, Tode Sakugawa (82 años), Bushi Matsumura (97), Itosu (85), Funakoshi (89) y el último alumno directo de Itosu, Shosei Kina (100). El énfasis en entrenar la movilidad –en lugar de la absorción de golpes– podría hacer la diferencia.

lándolo y modificando la distancia de sus compañeros.

Impacto: Las aplicaciones que muestran los descendientes de Shuri dan especial importancia al poder de sus golpes, mientras que los estilos más antiguos asignan mayor interés a las torciones, agarres, presión a terminales nerviosas, etcétera. Según el autor es evidente que el corazón del Karate de Itosu está en la potencia de golpe.

¿Qué es lo que, según Clayton, eliminó Itosu?

Puntos de presión: Los redujo enormemente, prefirió golpes de efecto inmediato y resultado más cierto.

Golpes con los dedos: En su mayor parte fueron reemplazados por los puños.

Movimientos de control del oponente: Existían palancas de retención en los estilos precedentes; Itosu prefirió rematar con un golpe, según dan cuenta talonazos y otros movimientos en ese sentido.

Combate nocturno: En estilos antiguos, se encuentra un movimiento suave y silencioso en que el karateka rastrea con sigilo con la mano abierta el brazo del rival, sobre quien, luego de sujetado, se descarga un golpe fulminante. Ese y otros recursos similares fueron eliminados: La hipótesis de combate de Itosu era un salón iluminado.

¿Qué es lo que dejó intacto Itosu? No eliminó los esquives, los bloqueos con contragolpe, barridos, codazos, y muchos otros movimientos que entendió útiles para su planteo.

Según Clayton, la confusión que se genera en los practicantes modernos descendientes de Itosu al buscar descifrar las formas está dada por el hecho de que ese maestro hizo fuertes reformas a favor de un Karate lineal de impacto, pero no elimi-

nó de los kata los movimientos que respondían a la lógica del estilo más antiguo. Entonces hoy se pueden percibir dos lógicas distintas conviviendo en las formas. Quienes tengan suficiente experiencia en el Arte Marcial saben que existen muy variadas interpretaciones para los kata, y que en general parecen ser conjeturas o explicaciones inteligentes al interrogante de las aplicaciones. Entonces Clayton se pregunta, ¿cómo es que un Karateka de la talla de Itosu, que dedicó gran parte de su vida al estudio de los kata y su relación con el combate, no enseñó su interpretación a sus alumnos más devotos, según confesión propia de éstos? Se ha especulado con que en realidad Itosu no las conociera, o que le parecieran poco importantes, o que fuera conveniente no transmitir tan letal conocimiento, o que prefiriera que sus alumnos las descubrieran por sí mismos. Más allá de que quizás Itosu no conociera algunas de las aplicaciones, se destaca el hecho de que optó por no enseñar ni una sola ¿por qué?

Los años siguientes al episodio con el Comodoro Perry pueden explicarlo. Miremos la cronología:

* 1879:

El Rey Sho Tai es forzado a abdicar. Desintegración de la guardia de palacio.

* 1880-1900:

Itosu continúa con su práctica y enseña a un puñado de alumnos en secreto.

* 1901:

El rey Sho Tai muere en el exilio.

* 1902-1906

Itosu enseña públicamente en el sistema escolar de Okinawa.

* 1915:

Muere Anko Itosu.

Itosu, como guardia personal del rey, tenía un deber de confidencialidad que consistía en no revelar sus tácticas o cuestiones de seguridad a terceros.

Entonces, entrenó a sus alumnos en un sistema de Karate de impacto sin explicar demasiado el modo en que podía ser utilizado. En esa época desarrolló los cinco kata Pinan –quizás una segmentación de la forma china Channan–, la ampliación de la serie Naihanchi para incluir las versiones 2 y 3, y diseñó las versiones Sho de Kushanku y Passai.

Cuando murió el rey al que debía lealtad, se acabó todo posible regreso y restauración del reino de Ryukyu. El mundo había cambiado, e Itosu se sintió liberado de su compromiso de confidencialidad: comenzando el siglo XX, la técnica guerrera (“jutsu”) debía dar paso al camino de desarrollo moral (“do”). Lo que había servido como sistema de protección para una monarquía ya extinguida podía ahora transformarse en una forma de ayudar al mejoramiento de la salud de los jóvenes. Eso es lo que hizo Anko Itosu, guardaespaldas devenido en maestro (y reverenciado como “kensai”, un “santo del puño”), enseñando su sistema de Karate lineal.



Chosin Chibana, alumno de Itosu y continuador de su línea en Okinawa

El legado de Itosu

El reemplazo de un número de técnicas peligrosas en los kata ha sido considerado por muchos como evidencia concluyente de que el Karate de Itosu fue una versión esterilizada del Arte Marcial, para ser enseñado en las escuelas de Okinawa.



Clayton señala que los alumnos más destacados de Itosu aprendieron de sus lecciones particulares mucho antes que el maestro se haya involucrado en la instrucción escolar, la cual se ha transformado en un dato para descalificar toda la enseñanza de Itosu, aún fuera de ese ámbito. Las características como estilo orientado a la velocidad y el impacto fueron conservadas por su alumno Gichin Funakoshi y magnificadas muy especialmente por Gigo Funakoshi, quien vio la compatibilidad de la “destrucción en un golpe” del Karate de Itosu con la premisa del Kendo (“ichi geki hissatsu”, muerte en un ataque) y aprovechó tal circunstancia para inscribir al Karate dentro del círculo exclusivo de las Artes Marciales japonesas. El hecho de que Itosu haya comprendido el gran potencial del Arte Marcial en la formación de los jóvenes no puede desmerecerlo como Karateka ejem-

plar, dueño de una técnica poderosa entrenada para el combate real al servicio del rey, y forjador de una estirpe de maestros que transformaron una tradición secreta de una isla del Pacífico en un camino de superación de millones de personas en el mundo.

La versión de Clayton sobre la historia del Karate de Shuri permite rearmar un rompecabezas como no lo logran otras versiones. Debe reconocerse que muchas piezas han sido inventadas y son producto de las conjeturas de ese autor, quedando en cada uno aceptarlas o rechazarlas (24). Pero su hipótesis, muy digna de consideración, puede sintetizarse en que Itosu optó deliberadamente por prescindir o relegar muchos recursos técnicos (palancas, agarres, técnicas a puntos sensibles, etc.), desplazamientos circulares y régimen de endurecimiento a favor de agilidad y explosividad lineal para adaptarlo a las necesidades específicas de la guardia real. Para Clayton, no alcanzan para explicar semejante mutación en los movimientos ni el ingreso del Karate a la educación pública okinawense, ni el frecuentemente mencionado cambio de paradigma de la técnica guerrera (jutsu) al camino de perfeccionamiento moral (do), ni los argumentos sobre el nacionalismo nipón de la primera mitad del siglo XX. Y no alcanzan porque los cambios dignos de atención, a su entender, se gestaron algunas décadas antes, y pueden apreciarse no sólo en Shotokan –que simplemente los llevó más lejos–, sino también en los estilos de Shorin más modernos, difundidos por los alumnos de Chibana.

Quizás Clayton sobrevalora su estilo por sobre otros más antiguos (okinawenses y chinos), pero gracias a ello ha desarrollado y aportado una hipótesis interesante. Además, su

reclamo es válido: el Shorin de Itosu, así como el Shotokan y otros estilos derivados merecen ser mirados como genuinos sistemas marciales, sin prejuicios por su relación con el más reciente Karate de competencia. La propia división de estilos de Shuri/Shorin entre los “de impacto” (linaje de Itosu, en gris en el cuadro en las páginas siguientes) y los más fieles al estilo antiguo encuentra situaciones híbridas como las de S. Nagamine y Y. Higa, quienes incorporaron en sus escuelas el entrenamiento de impacto pero mantuvieron una fuerte influencia de otras ramas. En última instancia, la línea en que cada practicante está enrolado no está dada por la filiación o la versión del kata difundidos por su escuela, sino por el enfoque concreto en la práctica. En ese sentido, es fácil advertir que el Karate lineal se ha abierto paso en muchos estilos formalmente ajenos a su linaje. En lo personal, a pesar de que calificados maestros como Funakoshi y Toyama descreían en la pluralidad de estilos y propiciaban un único Karate (quizás lo hacían como estrategia de unidad para darlo a conocer), celebro que existan estilos distintos como reflejo de diferencias en los gustos, aptitudes, criterios y personalidades.



(24) Transcribimos una interesante descripción del estilo “Matsumura Seito (ortodoxo)” por Jorge Zapata publicada en revista *Yudo Karate* N° 293, pág- 47, que hace dudar de cuanto afirma Clayton sobre Matsumura como precursor de un estilo basado en la potencia: “El estilo de los Matsumura utiliza posiciones más cortas que los otros dos Shorin (Adrogué: se refiere a las ramas Matsubayashi y Kobayashi), bloquee y ataca al mismo tiempo, usa patadas bajas, no extiende completamente los brazos al golpear y no cree en la teoría del golpe único (Adrogué: aquí hay diferencia con el germen de Karate lineal que pretende ver Clayton). Su kumite es continuado (parecido al kyokushinkai) y los golpes no se frenan. Tiene salidas a 45 grados y la característica más sobresaliente es que no usa el kiai, porque si bien aumenta la energía del practicante, después queda vacío y necesita unos segundos para recuperarse...”

Apostilla

Clayton relata que su libro comenzó cuando buscaba una foto de Azato (el instructor menos conocido de Funakoshi), y esa búsqueda lo llevó por lugares insospechados, hasta encontrar una inédita foto de "Bushi" Matsumura. Hasta el momento tan sólo se contaba con el retrato dibujado por Akira Miyagi difundido en un libro de Shoshin Nagamine-. Ese dibujo de Matsumura viejo y con barba, junto con las fotos y los dibujos que existen de Itosu, permitieron a Clayton reconocer en una foto al legendario "Bushi" y su fiel alumno Itosu, cuando éste tendría cerca de 23 años. Si no los ha reconocido hasta ahora en esta nota, por favor vuelva a mirar a los "burócratas" de la página 51 que acompañan al malogrado regente de Okinawa. ¿Recuerda los relatos sobre la temible mirada de Matsumura, con sus ojos inclinados hacia adentro? Mire al guardia de la izquierda de la foto, y conozca al mayor guerrero en la historia de Okinawa y su sucesor, el padre del Karate lineal.



Itosu, el “santo del puño”, con sus alumnos

